

tananas para respirar á mis anchas las nocturnas brisas cuya frescura me sosiega, con la frente pálida y empapada de húmedo sudor, parézcome; ¡oh hermana mía! en mis interminables veladas, á ese Fausto embriagado con los filtros de la escuela, símbolo deslumbrador de la ciencia humana, cuando, encerrado en su sombría torre y rodeado de sus instrumentos, se le oía hablar con los elementos, y al rayar el día tan solo se encontraba un puñado de negras cenizas en su laboratorio.

¡Ah! Si no fuese por la gracia del Señor, ¿qué encontrarían mañana en mi corazón? ¡Sí, es Fausto, hermana mía! ¡Pero Fausto consolado en estas noches extrañas, no por espíritus impuros, sino por los ángeles! ¡Sí, es Fausto, hermana, pero Fausto con Dios! ¡Cuántas cosas me quedan por decirte todavía! pero la campana suena: adiós.

.....

Aquí faltaba un gran número de páginas en el manuscrito.



## SÉPTIMA ÉPOCA.

En su pueblo natal, 3 de Julio de 1800.

Presentimientos secretos, desventura sentida de antemano, sombra de los días nefastos que con frecuencia los precede, instintos que me anunciabais la muerte de mi madre, y á los que no daba el debido crédito, ¡oh, no me engañabais! ¡Oh cielos, en qué estado la han encontrado mis ojos! La vida, reanimada un momento por mi presencia, al concentrar demasiado cariño en su corazón, parece ¡ay! haber diezclado los días de su languidez; esa alma, llena todavía de amor y juventud, se seca á cada aurora y

tiembla á cada aliento; ya va contando los días, y cuando por las mañanas al despertar besamos esa frente pálida, no acierto á separar de ella mis labios, porque siento que se me escapa, que la muerte me priva de ella, que va á romperse el último eslabon del corazon y que quizás este beso es lo único que la retiene á la vida!

Ha querido volver á ver el cielo de su infancia, morir en su país natal. Paris era para ella una residencia extranjera; en su concepto solo habia cambiado de lugar de destierro, y aquella frívola ciudad parecíale insoportable. ¡Ah! Para una madre no hay más patria que los sitios en que la sonrió, en que la amó su esposo, en que su primogénito creció en su regazo, en que esos ángeles custodios de la primavera de la mujer le dejaron al partir su rayo en el alma!

Y sin embargo, ¡qué angustiosos recuerdos tiene para ella esta morada! ¡Volver como extraña al hogar de sus abuelos, regresar pobre y desnuda al lugar en que su modesta riqueza era la providencia de las miserias del pobre! ¡Ver que aquellos á quienes se conocia bajan los ojos; que otros se desvian por temor de mortificarnos; que otros, nuevos en el país, se encogen de hombros, preguntándonos con indiferencia quiénes somos! Alquilar una cabaña en un extremo del caserío para respirar un tanto el aire que se respiró en la cuna; echar desde allí una furtiva mira-

da sobre la casa en que se nacio, sobre la yerba ó el árbol que todavía llora nuestra ausencia; temer que se vitupere ó acrimine esta ojeada; alejarse por miedo de tropezar con su umbral, y no tener más jardín, más abrigo ni más sombra que las zarzas y espinos que se arrastran por los senderos del pueblo, ó el árbol sepulcral, el añoso olmo, cuya sombra, de la que todos huyen, solo pertenece á la tumba, y que todas las tardes ve sentados en el sepulcro de la familia á un hijo con una madre y una hermana: tal es su vida y la nuestra en este pueblo. ¡Oh! ¡Valor, corazon mio! ¡La verdadera patria está en Dios!

\*\*\*\*\*

En el mismo lugar, 18 de Julio de 1800.

Si despues de haber llorado por muerta á la mujer á quien concedimos en nuestra juventud las primicias del alma, la hallamos, al volver á nuestro hogar desde apartadas regiones, viva aún, però en los brazos de un desconocido, el corazon, oscilando entre el asombro, el dolor y el júbilo, se siente lacerado y comprimido, se ahoga en sus propias lágrimas, se interroga á sí mismo, y tiembla de llegar á conocer qué es más terrible, si perder ó encontrar. Así tambien, esa casa por la que he derramado tantas lágrimas creyéndola devorada por las llamas, está to-

davía en pié... mas para rechazarnos de su seno! No nos atrevemos á trasponer ese umbral que fué nuestro, y mi corazon desgarrado, á quien ese recuerdo asesina, no sabe si la prefiere intacta ó derribada!

.....

En el mismo lugar, 20 de Julio.

Ayer ¡fatal idea! deseó visitar paso á paso todos los sitios donde trascurrió su vida, recorrer el jardín, la casa, todo; y revivir en ella un momento, aun á costa de su muerte! Mi hermana y yo, cediendo á su deseo por complacencia, espíamos la salida del nuevo poseedor, y aprovechando una coyuntura favorable, la acompañamos apoyada en nuestros brazos hasta la puerta del cercado. El guardian, enternecido por aquellas dos voces femeniles, abrióla furtivamente y penéramos en el recinto. Ya fuese por confianza en nosotros, ó por ese pudor que la desgracia inspira lo mismo que la inocencia, aquel hombre volvió á sus faenas campestres, pareció dejarnos dueños del jardín y de la casa. ¡Oh! ¡Sea bendito en su corazon tan digno sentimiento!

Mi madre, á cuyas mejillas habia asomado el color, mi madre, cuya fuerza, reanimada momentáneamente, sacaba nueva vida de aquella tierra amada, recorría con la mirada todo el cielo y todos aquellos

sitios, viendo aparecer ante sus ojos todo su pasado; y la nube de lágrimas que sobre ellos flotaba, dejaba traslucir á cada nueva cosa que veía la conmoción de su alma. Nos conducía á todas partes con pensativo ademán, señalándonos con el dedo cada árbol, cada flor; quería acercarse á ellos, tocarlos, cerciorarse de si se estremecerían ante los ojos que los vieron nacer, ver cuántos palmos habian crecido sus troncos, compararlos con la vista como á la sazón los comparaba con nuestras frentes, enroscar una hoja, arrancar una rama; llamar por su nombre á cada paloma blanca, que, remontándose desde nuestros piés para volar á los tejados, recordaba á su corazon nuestras torcaces de otro tiempo; escuchar si murmuraban como entonces el viento en la yerba ó las plantas y el arroyuelo en la acequia; probar si la pared de la adorada casa devolvía al sol sus rayos tan tibios como antes, ó si la sombra del tejado, dando en su verde umbral de musgo, se prolongaba con tanta suavidad al ponerse el sol!

A cada nuevo objeto prorumpia en una exclamacion, en un suspiro y en una palabra de resignacion, y nos estrechaba el brazo con más fuerza demostrando así el impulso convulsivo de su alma. Por último, de un repentino arranque traspuso el umbral de la abierta casa, nos arrastró con paso involuntario por todas sus habitaciones, que parecía pisar con tanto recogimiento como si estuviese en un santuario, sin

atreverse á respirar ni á hacer un movimiento, temerosa sin duda de que la imágen tierna y santa del pasado huyera de aquel recinto al menor ruido.

En aquella mansion de nuestra infancia no habia cambiado casi nada; el tiempo, tan lento para nosotros, lo habia respetado todo; era la misma sala que daba al jardín, el mismo aposento sombreado por la celosa enredadera; la estancia materna en que vimos por primera vez la luz del día; la de nuestro padre, contigua á ella, dando al patio; aquellos muebles familiares que parecian formar parte de nuestra juventud pasada bajo aquel humilde y primer techo, muebles que siempre hemos visto, conocido, recordado y tocado; el primer lecho en que Dios nos acostó, la mesa en que servía la madre de familia, la silla en que la hermana hacia alguna labor de aguja, junto al alfeizar de la ventana, cayéndole la suelta cabellera sobre su encantadora frente; los dos antiguos cuadros colgados de la vetusta pared y cuyas figuras parecian tener siempre la mirada fija en nosotros; y cerca del divan matizado de flores, el estrado donde solia mecernos mi madre. Todo estaba allí todavía, en el mismo sitio; advertíanse aún los vestigios del lugar que habian ocupado nuestras cunas, cada uno de nosotros tocaba su mueble favorito, y al tocarlo prorumpia en una ú otra exclamacion.

Pero mi madre, abriendo la puerta de la estancia paterna y mandándonos con un ademán que penetrá-

semos en ella, nos dijo: «¡De rodillas, hijos míos! ¡Ese es el lecho en que murió vuestro padre!» Y á su vez se postró de hinojos junto á él, abrazó la columna de la cabecera, aplicó á ella sus labios llorando como nosotros, llanto que caía á raudales sobre aquel lecho; y nuestros sollozos reunidos resonaron en todos los ámbitos de la estancia...

De pronto oímos pisadas de caballos en el patio, sonó el aldabon y tras él las campanillas. Aquel ruido nos hizo volver en sí; como si fuésemos ladrones temerosos de que nos sorprendieran, cogí en brazos á mi madre desmayada y cuya vida peligraba de resultas de tan viva emocion, salimos furtivamente por la puerta del jardín, llegamos temblando á la del camino, sosteniendo sobre mi seno á mi madre medio muerta, y en el mismo momento en que mi hermana cerraba con cautela la puertecilla excusada, ví á los hijos del nuevo dueño que salian de la casa cual bandada de alegres pajarillos, y cerrian de seto en seto, de alameda en alameda, resonando sus gritos de júbilo sobre los pasos de la muerte que de allí acababa de salir.

.....

El mismo día, por la noche.

¡Oh verdadera y lamentable imágen de la vida!  
¡La alegría entra por donde ha salido el dolor! ¡La

felicidad ocupa el lecho del que huye la desesperación! A lo que nace durante el día, Dios le destina un puesto en la noche. La copa de la vida tiene siempre la misma dosis; pero una mano la coge cuando la otra la suelta, y si nuestros ojos pudieran á veces sondear el fondo de esas copas de las que parece rebosar la dicha, ¿no nos convenceríamos de que cada vía humana está siempre llena de lágrimas y cenizas de otra?

.....  
21 de Julio de 1800.

¡Todo concluyó! ¡Madre mía!... ¡Ah! Ese postrer esfuerzo ha roto los vínculos de su vida espirante! ¡Oh noche de agonía y de emancipación, imprímeme en mi alma con lágrimas de esperanza!

Velaba yo solo y rezando al lado de su lecho, cuando al aparecer la estrella matutina me dijo:  
—¡Animo, hijo mío; conozco que os dejo; los últimos latidos de mi corazón son para vosotros; antes que la luz del día ofusque la de esa estrella, os abrazaré desde la mansión eterna! ¡Oh! Regocijáos; ahora empezará para mí la verdadera vida; no obstante, abracémonos todavía en esta tierra. Vé á despertar á tu hermana... pero no, te lo prohibo. Escucha: lleva un nuevo sér en su seno, y esta hora de agonía es

demasiado cruel para presenciársela; es menester evitársela por su fruto y por ella; es preciso dejar este velo entre ella y la muerte. ¡Tú te encargarás de darle mi último beso! ¡Harto conoces los sagrados deberes que este momento reclama, cúmplelos, hijo mío: te entrego mi alma! En este instante no eres para mí sino el sacerdote de Dios.»

¡Oh! ¡Bendito sea Él que dulcificó hasta tal punto la hora siempre amarga de la postrera despedida, permitiendo que el hijo abriese á la madre las puertas del cielo! ¡Angeles del Dios vivo, vosotros lo presenciásteis! ¡Ah! ¡Si mi débil corazón se sublevó á menudo, si, pareciéndome el yugo hartamente pesado y el deber austero, arrastraba como una onerosa carga mi sagrado carácter, aquel solo momento me indemnizó de cuanto había sacrificado en la tierra, puesto que Dios permitió que este sacrificio endulzara el cáliz de la muerte de mi madre!

Encendí esos cirios de la última noche, doble imagen del día que empieza y que termina; á su voz saqué la hostia de los moribundos del vaso sagrado de la humilde Eucaristía, é inclinado sobre ella, le dí el pan celestial con temblorosa mano bañada en mi llanto. El esplendor de su fé radiaba en el aposento; toqué cada uno de sus miembros con el óleo santo de los moribundos, aquella frente en la que mis besos querían seguir á mis dedos, aquellos costados que me habían albergado nueve meses junto á su corazón,

aquellos brazos que enlazándose tiernamente á mi cuerpo en mi niñez, habian sido tantas veces para mí una cuna de caricias; aquellos piés que habian enseñado á andar á los míos, y de los que mañana no quedaria ya vestigio alguno! Absorbida en la contemplacion de cada gran símbolo, tomó de nuevo la palabra cuando todo hubo terminado, diciéndome:

—Jocelyn, tengo que pedirte otra merced.

—¿Cuál, madre mía?

—¡Oh hijo mio, tu perdon, no el perdon de Dios, que descende en toda su plenitud sobre mí, sino el del hijo á quien dejo en este mundo! ¡Una madre jamás hubiera debido consentir en tu abnegacion sublime, en esa inmensa prueba del amor que nos tenias, pobre mártir! ¡Tu vida es un desierto, tu corazón un abismo que únicamente puedes llenar á fuerza de virtud! Y yo soy quien lo ha abierto: dí, ¿me perdonas?

Apliqué silencioso mis labios á sus manos.

—¡Oh, que mi dulce muerte sea tu recompensa! Yo te he cerrado el mundo; en cambio, tu mano me allana el camino del cielo abierto por tí. A mi vez, voy á prepararte allí una mansion más duradera y mucho mejor! En la tierra se seca el corazón; la dicha más prolongada es efímera; tu alma tiene otra patria en la cual se ama siempre.

Y sintiendo que la muerte pesaba ya sobre sus párpados, añadió:

—Recita, hijo mio, esas divinas preces que acompañan el vuelo del alma cristiana, para que, al espirar, siga bendiciendo todavía.

Obedecí, y me puse á leer en su libro de oraciones, con la vista velada por el llanto, la tristeza del alma en sus horas postreras; sus labios, cuyo acento parecia amortiguarse, murmuraban los responsos de aquel piadoso suspiro, cual remoto eco de una voz debilitada que se aleja y responde ya desde la otra vida. De pronto cesé de oirla... ¡Estaba acabando en el cielo los cantos interrumpidos!... Escapóse el libro de mis manos, y el himno de la muerte... ¡lo concluyeron mis sollozos!

\*\*\*\*\*

Noche del 1.º de Agosto de 1800, en el cementerio,  
junto á la tumba de su madre.

¡Oh noche! ¡Cúbreme con tu negro manto! Mañana... mañana me llevaré á mi hermana de aquí. Mañana me alejaré para siempre de esta tierra, de este sepulcro en el que penetra mi alma junto á mi madre! ¡Ah! ¡Noche que eres para mí el día, deja que me postre en este lecho de arcilla en que descansan sus restos, sin que haya entre ella y yo más que el velo de la muerte, esa capa de ceniza tan poco profunda que la levantaria un corazón y que separa un mundo! ¡Deja que me postre en el suelo removido

ayer, y que le toque! ¡Permite que me embriague de júbilo y de tristeza, que escuche lo que Dios envía desde allá al corazón, y que pegando la boca á ese suelo misterioso, le amase con mis manos y le riegue con mis ojos!

.....

¡Bendito seas, corazón, y tú, fé divina, que habláis á mi seno con tanta vehemencia! ¿Qué sería de mí, Dios mío, si vos no me hablarais en este momento en que mis ojos ven tan solo la muerte? ¿Qué sería de mí si la infalible esperanza de mi solo instinto no me dijese que todo es apariencia, que un poco de arcilla echada en la tierra no sepultó el alma y la inmortalidad? ¿Que la vida, momentáneamente desviada de su camino, no se aniquila al remontar á su origen, del mismo modo que el rayo que huye de nuestros ojos no se extingue allá arriba al remontar á los cielos? ¡No! ¡Tú vives, me oyes, me respondes, me amas; nuestros sitios han cambiado, pero nuestras relaciones son las mismas. ¡Alma que fuiste mi madre, háblame, ¡oh! háblame! ¡Mi coloquio contigo se sostiene en el cielo!

Únicamente en la tierra, separados por la ausencia, nuestros corazones que se buscaban lamentaban la distancia; mas ahora me oyes desde todas partes; tu mirada no conoce lugar, ni partida, ni regreso. ¡Tu amor no está concentrado en ese tierno corazón de mujer, sino que envuelve mi alma como una atmós-

fera! Por esto, si vengo á llorarte de noche á este césped que siente el peso de mi quebranto, no es por que mi corazón presuma que mi aliento podrá calentar esas cenizas ni que estas me oigan mejor; no: es que el instinto ciego del tierno dolor guía nuestros piés, sin que lo advirtamos, á donde se encamina el corazón, y en la ilusión que se enseñoorea del sentimiento, nos hace buscar todavía el pié allí donde dejó este su huella.

.....

¡Oh brotad, brotad! ¡Corazón mío, desahógate! ¡Oh tierra, bebe mis lágrimas, porque estas lágrimas son mi esencia! ¡Oh suelo de mi cuna! ¿Por qué no me será dable devolverte este cuerpo amasado contigo? ¿Por qué no he de poder difundir toda mi vida en agua de mis ojos agotados, y restituir estas lágrimas al manantial de donde las he absorbido, como el arroyuelo, que cansado de recorrer su curso, se agota y se entierra á dos pasos de su fuente?

.....

¡Madre! Cuando fijabas en mí tu tierna mirada que ahora me está vedado contemplar, no sabías, no, jamás te había dicho y quizás no me lo dije á mí mismo nunca (nadie sabe cuánto ama hasta que ha perdido el sér amado), no, jamás te había dicho ni diré nunca, hasta dónde llegaba, oh madre, mi filial amor!

.....

¡Amarla! Mas para amarla ¿no era yo su propio

sér? ¿No me nutrió con el dulce jugo de su pecho? ¿No broté de su amor, no me dió calor y abrigo en su seno? ¿No soy la médula de sus huesos, lo más puro de su sangre? El aire que respiró en su casto pecho, ¿no estuvo alimentando nueve meses mis pulmones? El más leve latido de su corazón que palpitaba junto al mío, ¿no me inspiró el mismo sentimiento? ¿No era mi cuerpo todo su cuerpo, y mi alma una antorcha prestada que se enciende en otra alma? Al comunicarme su propio impulso cada vibración de esa alma celestial, ¿no imprimía en mi mente juvenil la misma impresión ya iniciada en mí, como un sonido imprime un mismo acorde en los sonidos, ó como una ola recibe el mismo repliegue de la oleada? ¿Este pensamiento, reflejado del suyo, es acaso un alma que nace, ó más bien la continuación de otra?

Y más adelante, cuando mecido, crecido en tu regazo, percibía mi oído tus suavísimos acentos, cuando mi infancia empezaba á descifrar á través de tu sonrisa las oscuras nociones del mundo y del cielo, cuando tus santas advertencias moldeaban mi mente y mi razón, cuando la orla de tu vestido era todo mi horizonte, y cuando mi alma entera, fija en la tuya, era más bien el destello de otra alma en la mía, ¡oh, madre! ¿quién hubiera sido capaz de discernir de una mirada esta doble existencia, de conocer la parte de ella que correspondía á cada cual, de distinguirme á

tí de mí en esta alma comun, de separar en dos lo que sentía en una, de ver cual de nuestras dos claridades era la que había brillado, y de decir, sin mentir al cielo: «Es ella ó es él?»

¿Por ventura no era yo en la tierra tu fiel trasunto? Tu mirada parecía haber formado mi rostro; cuando joven, nadie distinguía en la casa el sonido de nuestras voces ni el rumor de nuestros pasos; la repercusión de una misma idea producía á un tiempo idéntica sensación en nuestra alma; el mismo sentimiento palpitaba en nuestros dos corazones; si tú debías llorar, mis ojos derramaban lágrimas; si cruzaba por mi mente alguna idea halagüeña, asomaba á tus labios una sonrisa antes que á los míos. Uno en dos, tú el tronco, yo el retoño, tú la voz, yo el sonido, tú la fuente, yo el agua! ¡Unión de dos almas tan pura, tan fuerte, que sólo la mirada de Dios puede percibir su trama, que sólo Él puede saber, al sondear nuestros corazones, si eres tú la que sobrevives, ó si soy yo el que muero!

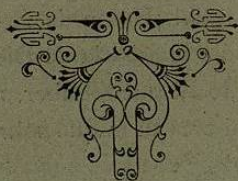
¿Muero? ¡Oh, no, porque creo! ¿Muero? ¡Oh, no, porque vives! ¡Madre mía, aún después de tu muerte sigo siendo tu hijo! En la eterna ventura á donde tu virtud te llama, ¿será el cielo bastante á llenar el alma de una madre? ¡No! Si Dios le concediera el cielo sin su hijo, su corazón reclamaria su hijo ó la



nada. ¡Oh! ¡Antes creo en la nada que en tu ausencia! ¡Bajo la fé de mi corazon, prosigo mi marcha en tu presencia! Siento que tu mano calma el ardor de este corazon; mi frente inclinada se estremece como si á ella aplicaras tus amorosos labios. ¡Ah! ¡La presencia de todo lo que se ama y de todo lo que ruega está en Dios, porque Dios es su patria!

.....

.....



—¡LAURENCIA, ESTA MANO TE ABSUELVE EN NOMBRE DEL PADRE!

